

me alquilaré, ¡pero no lejos de aquí!, á fin de poderlos ver todos los días y venir á pasar con ustedes los domingos. Pero ya soy bastante fuerte para trabajar en el campo y ganar el dinero que ustedes necesitan. ¡Es usted tan razonable y sabe arreglarse con tan poco! ¡Pues bien!, no se privará usted tanto por los demás, y vivirá mejor. Vamos, vamos, señora Blanchet, mi querida mamá, tranquilícese y no llore, porque si llora, creo que voy á morir de pena.

Viendo que el muchacho no había comprendido nada y que había que decírselo todo, Magdalena encomendó su alma á Dios y se decidió á la gran pena que se veía obligada á causarle.

## X

— Vamos, vamos, Francisco, hijo mío, dijo ella, no se trata de eso. Mi marido aun no está arruinado, si no conozco mal el estado de sus negocios; y si no fuese más que el temor de verme necesitada, no tendría tanta pena. El que se siente con ánimo de trabajar no teme la miseria. Puesto que es preciso decirte por qué sufro tanto, has de saber que Blanchet se ha puesto furioso contra ti, y no quiere que sigas en casa.

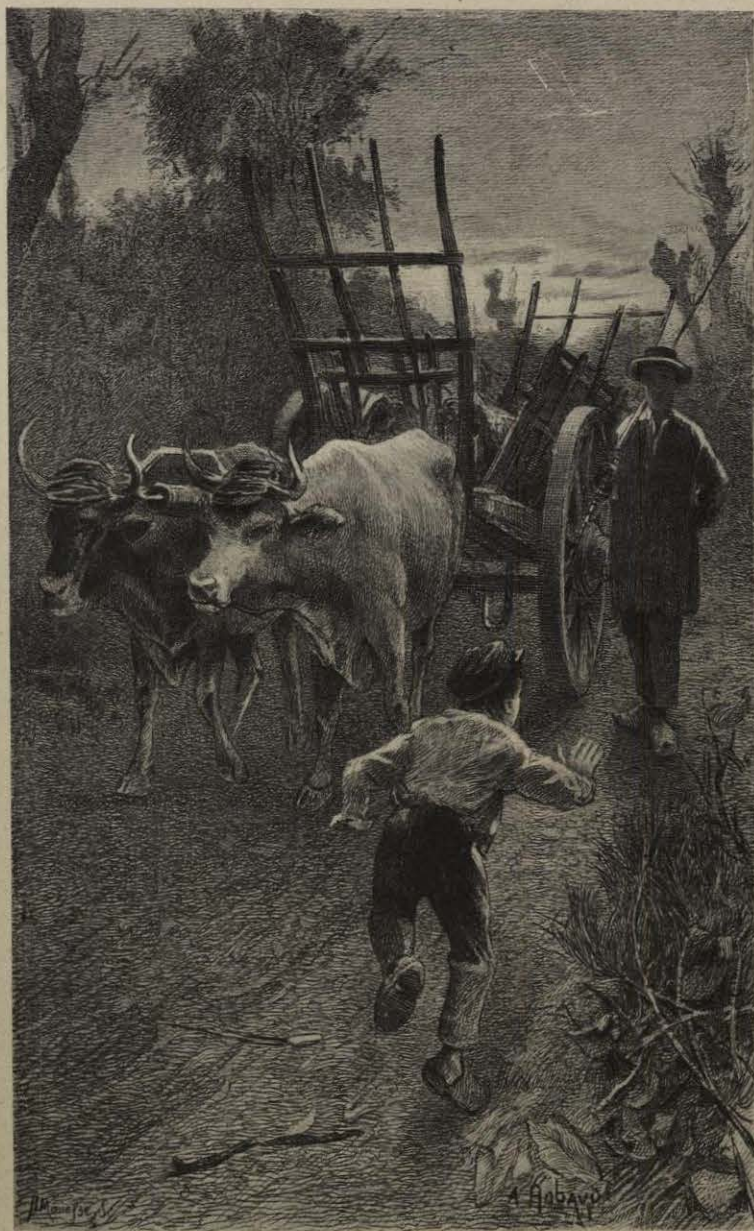
— ¡Cómo! ¿es eso?, dijo Francisco levantándose. Entonces que me mate en seguida, ya que no puedo existir después de semejante golpe. Sí, que acabe conmigo, porque hace mucho tiempo que le estorbo, y me odia de muerte; ya lo sé. Á ver, ¿dónde está? Quiero ir á buscarlo y decirle: «Dígame usted por qué me echa. Quizá encuentre yo respuesta á sus malas razones. Y si se empeña, dígalo, á fin de que..., á fin de que...» No sé lo que me digo, Magdalena; de veras, no lo sé; me desconozco, y no veo claro; tengo el corazón transido y la cabeza me da vueltas; con seguridad, voy á morir ó á volverme loco.

El pobre expósito se arrojó al suelo y se golpeó la cabeza con los puños, como el día en que la Sabel había querido llevarlo al hospicio.

Al ver aquello, Magdalena recobró su gran valor. Le cogió las manos, los brazos, y sacudiéndolo con fuerza, le obligó á escucharla:

— Si no tiene más voluntad y sumisión que un niño, le dijo ella, no merece la amistad que le tengo, y me avergonzaré de haberlo educado como hijo. Levántese. Ya tiene usted edad para ser hombre, y no es propio de hombres el revolcarse en el suelo como usted hace. Escúcheme, Francisco, y dígame si me quiere bastante para dominar su pena y pasar algún tiempo sin verme. Considera, hijo mío, que es por mi tranquilidad y por mi dicha, pues, de lo contrario, mi marido me causará sufrimientos y humillaciones. Así es que, por amistad, debes separarte de mí hoy mismo, como por amistad te he guardado hasta ahora. La amistad se prueba por medios distintos, según el tiempo y las circunstancias. Y debes irte en seguida, porque, á fin de impedir que el señor Blanchet haga un disparate, he prometido que mañana por la mañana ya no estarías aquí. Mañana es el día de San Juan; es preciso que vayas á alquilarte, y no cerca de aquí, porque si tuviésemos ocasión de vernos á menudo, sería peor en concepto de Blanchet.

— ¿Pero qué idea es la suya, Magdalena? ¿De qué se queja contra mí? ¿En qué me he portado mal? Si-gue creyendo que causa usted perjuicio á la casa para hacerme bien? No es posible, por cuanto ahora pertenozco á la casa. No como más de lo regular y no saco de ella ni una paja. Quizá cree que cobro mi



JUANITO CORRIÓ AL ENCUENTRO DE SU AMIGO FRANCISCO

paga y la encuentra demasiado costosa. ¡Pues bien! Déjeme seguir mi idea de ir á hablarle para explicarle que desde la muerte de mi pobre madre Sabel, no he querido aceptar de usted ni un escudo siquiera; — ó si usted no quiere que le diga esto — y el caso es que, si lo supiese querría hacerle devolver todo el importe de mis pagas que ha empleado usted en obras de caridad, pues bien, yo se lo propondré para lo sucesivo. Me ofreceré á quedarme al servicio de usted por nada. De esta manera, ya no podrá encontrarme gravoso, y consentirá en que continúe al lado de usted.

— No, no, Francisco, replicó vivamente Magdalena, no es posible; y si le dijese semejante cosa entraría contra ti y contra mí en una cólera que ocasionaría desgracias.

— ¿Pero por qué?, dijo Francisco. ¿Contra quién se revuelve? ¿Solamente para causarnos pena hace como el que sospecha?

— Hijo mío, no me preguntes el motivo de su ojeriza contra ti; no te lo puedo decir. Me avergonzaría por él, y es preferible para todos que no intentes imaginártelo. Lo que puedo afirmarte, es que marchándote cumples con tu deber respecto á mí. Eres grande y fuerte, ya no me necesitas; y ahora ganarás mejor tu vida fuera de esta casa, puesto que nada quieres recibir de mí. Todos los hijos se separan de sus madres para ir á trabajar, y muchos se van lejos. Harás, pues, como los demás, y yo tendré pena como la tienen todas las madres, lloraré, pensaré en ti, rogaré á

Dios mañana y tarde para que te preserve de mal.

— ¡Sí! Y tomará usted otro mozo que la servirá mal, y que no cuidará nada de su hijo ni de sus intereses, que la odiará tal vez, porque el señor Blanchet le mandará que no la escuche á usted, y que irá á decirle todo el bien que usted haga, convirtiéndolo en mal. ¡Y usted será desgraciada; y yo no estaré aquí para defenderla! ¡Ah! ¿cree usted que porque tengo pena no tengo valor? ¡Usted cree que no pienso más que en mí, y dice que me será más provechoso servir en otra parte! Yo, en todo esto, no pienso en mí. ¿Qué me importa ganar ó perder? No pregunto siquiera cómo dominaré mi pesadumbre. La resista ó no, será lo que Dios quiera, y no me importa morir desde el momento en que me impiden consagrarle á usted mi vida. Lo que me angustia y á lo cual no puedo someterme, es que veo venir sus penas. Va usted á ser atropellada á su vez, y si me apartan del camino, es para mejor pisotear su derecho.

— Aunque Dios permitiera esto, dijo Magdalena, hay que saber soportar lo que no se puede impedir. Sobre todo, no hay que empeorar la mala suerte respingando contra ella. Imagínate si soy desgraciada, y pregúntate cuánto más no lo seré si sé que estás enfermo, hastiado de vivir y sin querer consolarte. Mientras que si algún consuelo hallo en mis penas, será el de saber que te portas bien y que procuras tener valor y salud por amor á mí.

Esta última buena razón de Magdalena venció al

expósito, que le prometió de rodillas, como se promete en confesión, hacer todo lo posible para soportar animosamente la pena.

— ¡Vamos, dijo secándose los ojos bañados en lágrimas; partiré de madrugada, y me despido de usted aquí, mamá Magdalena! Adiós para toda la vida, quizá; pues usted no me dice si podré volverla á ver y hablarle jamás. Si usted cree que esa dicha no debe presentarse nunca, no me lo diga, porque perdería el valor de vivir. Déjeme conservar la esperanza de volverla á ver un día aquí mismo, en esta clara fuente, en que la encontré por primera vez hará pronto once años. Desde aquel día hasta hoy, no he tenido más que satisfacciones: y la dicha que Dios y usted me han dado, no debo olvidarla, sino que debo conservar su recuerdo para ayudarme á tomar, desde mañana, el tiempo y la suerte como vengan. Me voy con un corazón todo traspasado y transido de angustia, al pensar que no la dejo á usted feliz, y que la privo, al marcharme, del mejor de sus amigos; pero usted me ha dicho que si no procuro consolarme, estará más desolada. Me consolaré, pues, como pueda pensando en usted, y soy demasiado amigo de su amistad para quererla perder por cobardía. Adiós, señora Blanchet, déjeme un poco aquí sólo; me encontraré mejor cuando me haya hartado de llorar. Si caen lágrimas mías en esta fuente, pensará usted en mí cada vez que venga á lavar en ella. Quiero también coger menta de la de aquí para perfumar mi ropa, pues voy á liarla lue-

go, y mientras sienta sobre mí ese olor, me haré la ilusión de que estoy aquí y de que la veo á usted. Adiós, adiós, mi querida madre, no quiero volver á casa. Podría besar á mi Juanito sin despertarlo, pero no me siento con valor bastante. Hágame usted el favor de besarlo por mí, y para que no me llore, dígame mañana que debo volver pronto. Así, esperándome, me olvidará un poco; y, de vez en cuando, háblele usted de su pobre Francisco, á fin de que no me olvide demasiado. Déme usted su bendición, Magdalena, como me la dió el día de mi primera comunión. La necesito para estar en gracia de Dios.

Y el pobre expósito se hincó de rodillas diciendo á Magdalena que si alguna vez, sin quererlo, le había hecho alguna ofensa, se la perdonara.

Magdalena juró que no tenía nada absolutamente que perdonarle, y que le daba una bendición cuyo efecto quisiera poder hacer tan propicio como el de la de Dios.

— Pues bien, dijo Francisco, ahora que voy á volver á ser expósito y que nadie me amará ¿no quiere usted besarme como me besó, por favor, el día de mi primera comunión? Tendré gran necesidad de recordar todo esto, para estar bien seguro de que, en el corazón, continúa usted sirviéndome de madre.

Magdalena besó al expósito en el mismo espíritu de religión que cuando era niño. Sin embargo, si la gente lo hubiera visto, hubiese dado la razón al señor Blanchet de estar enfadado, y hubiese criticado á la

honrada mujer que no pensaba mal, y á quien la Virgen María no tomó á pecado su acción.

— Ni yo tampoco, dijo la criada del cura.

— Y yo menos, repuso el agramador. Y continuó: Magdalena volvió á casa y no durmió en toda la noche. Oyó á Francisco que vino á hacer su paquete en el cuarto contiguo, y también le oyó partir al despuntar el día. No se movió hasta que él se hubo alejado, á fin de no trocar su valor en debilidad, y al oírle pasar el puentecillo de tablas, entreabrió súbitamente la puerta, á fin de verle otra vez de lejos, sin ser vista. Le vió detenerse y mirar el río y el molino, como para decirles adiós, y se marchó luego á toda prisa, después de haber cogido una ramita de álamo que se puso en el sombrero, como es costumbre cuando va uno para alquilarse, á fin de indicar que busca una plaza.

Blanchet llegó á cosa del mediodía, y no abrió la boca hasta que su mujer le dijo:

— Hay que ir al mercado en busca de otro mozo para el molino, porque Francisco se ha marchado, y está usted sin servicio.

— Bueno, bueno, mujer, contestó Blanchet; voy á ir, y le advierto que no cuente con ningún joven.

Estas fueron las gracias que le dió por su sumisión, y ella tuvo tanta pena que no pudo menos de mostrarla.

— Blanchet, dijo; he obedecido á su voluntad; he despedido á un buen sujeto sin motivo, y á disgusto,

lo confieso. No le pido á usted que me lo agradezca, pero, á mi vez, le mando que no me afrente, porque no lo merezco.

Dijo esto de un modo que Blanchet no le conocía y que le hizo efecto.

—Vamos, mujer, dijo tendiéndole la mano, hagamos las paces y no hablemos más del asunto. Quizá me precipité un poco en mis palabras, pero yo tenía mis motivos para no fiarme de ese expósito. El diablo es quien pone á esos chicos en el mundo, y no los deja. Cuando son buenos por un lado, son unos bribones por otro. Sé muy bien que difícilmente encontraré un criado tan trabajador como ése; pero el diablo, que es buen padre, le había metido el libertinaje en el cuerpo, y sé una mujer que tuvo que quejarse de él.

—Esa mujer no es la de usted, contestó Magdalena, y es posible que mienta. Pero aunque dijese verdad, no es un motivo para sospechar de mí.

—¿Sospecho yo acaso? dijo Blanchet encogiéndose de hombros; mi ojeriza era contra él, y una vez que se ha ido, ya no me acuerdo. Si te dije algo que te disgustó, hazte cuenta que fué en broma.

—Esas bromas no me agradan, replicó Magdalena. Guárdelas usted para las que gustan de gastarlas.

## XI

En los primeros días, Magdalena Blanchet soportó bastante bien su pena. Supo por su nuevo mozo, que había encontrado á Francisco en el mercado, que el expósito se había arreglado por diez y ocho pistolas (1) anuales con un labrador de la parte de Aiguranda (2), que tenía un gran molino y tierras considerables. Alegróse de saber que había encontrado una buena plaza, é hizo todo lo posible para atender á sus ocupaciones sin gran pesadumbre. Pero, á pesar suyo, la pena fué grande, y durante mucho tiempo le ocasionó una pequeña fiebre que la consumía poco á poco, sin que nadie lo notara. Francisco tenía razón al decir que con él se iba su mejor amigo. Le entró una gran tristeza de verse sola, y de no tener á nadie con quien hablar. Redobló sus caricias á Juanito, que era un muchacho muy simpático y lleno de bondad.

Pero no solamente era demasiado joven para com-

(1) Pistola; moneda imaginaria del valor de diez francos.—*N. del T.*

(2) Cabeza de partido en el departamento del Indre, que comprende, con el departamento del Cher, la antigua provincia del Berry.—*N. del T.*